

La ciudad, sumergida en las tinieblas,  
parece un cuerpo muerto que, en su féretro,  
la luz de los incendios iluminan,  
con llamas de cirios gigantescos.

Densa llovizna, silenciosa y gélida  
cae sobre la ciudad como un sudario  
que la empapa en su hielo y que la envuelve  
en un ambiente fantasmal y trágico.

En la sima del horror de su silencio,  
el ruido del combate que la cerca  
dijérase el hervir no interrumpido  
de una olla fabulosamente inmensa.

Noche de espanto y pesadilla. Noche  
de la ciudad cercada por la muerte,  
con el plomo y el fuego en sus entrañas  
y corona de espinas en sus sienas.

Cuerpo de la ciudad que empapa el negro  
alquitrán de la noche, cual si fuera  
el cuerpo vivo de una condenada  
que en una hoguera gigantesca quemán.

Y en la sima del horror de su silencio,  
el ruido del combate que la cerca;  
que es cilicio clavado en su cintura;  
que no cesa un instante, que no cesa...

4

Nadie piensa que hay guerra. El sol ahuyenta  
los fantasmas del miedo, en esta tarde  
de domingo otoñal, que es un alarde  
de oro y azul, donde la paz alienta.

La multitud a cada instante aumenta;  
para gozar del sol nadie es cobarde,  
y la alegría es otro sol que arde  
en la ciudad, que la metralla afrenta.

El aire rasga el lúgubre silbido  
de las granadas, sobre los tejados,  
y aquí y allí atruena su estallido.

Bajo nubes de polvo huye la gente;  
sobre escombros y cuerpos destrozados  
sigue brillante el sol, indiferente.

5

La ciudad está asediada,  
toda a tiro de cañón;  
por sus calles va la muerte...  
Pero también va el amor.

Nadie sabe en qué momento,  
en qué lugar ni ocasión,  
estallará la granada  
con siniestro resplandor.

Mensajera del espanto  
es trágico surtidor  
de metralla, que difunde  
la muerte y la destrucción.

Su silbido nos anuncia  
la muerte en todo su horror;  
un horror que imaginarse  
no podrá quien no lo vió.

Tampoco quien no lo ha visto  
puede imaginarse, no,  
junto al horror de la guerra  
el milagro del amor.

Dijérase que la guerra  
sirve al amor de aguijón,  
en su lucha por salir  
de la muerte vencedor.

Sangre que puede perderse  
hierve con ese temor,  
y clama por perpetuarse  
con febril exaltación.

Asidos van por el talle  
los novios, con su ilusión,  
como si estuvieran solos  
sobre la tierra los dos.

Si es un instante la muerte  
otro instante es el amor,  
y al cabo esos dos instantes  
toda nuestra vida son.

Está el aroma del mundo  
compendiado en una flor,  
y la luz de cielo y tierra  
cabe en un rayo de sol.

Y si un beso es luz y aroma,  
¿qué mucho que el corazón  
se dé todo él en un beso  
que eternice su pasión?

Frente a la muerte que acecha  
con su fúnebre crespón,  
el amor pasa vestido  
de divino resplandor.

No puede, quien no lo ha visto,  
imaginárselo, no;  
negros horrores de infierno  
y en él una luz de Dios.

La ciudad está asediada,  
toda a tiro de cañón;  
por sus calles va la muerte...  
Pero también va el amor.

6

De la ciudad, cuando era niño, huía  
por los hondos caminos vecinales,  
que atisban bosques y cañaverales  
y donde libre, a solas, me sentía.

En el polvo reseco el sol ardía;  
y, entre un punzante aroma de rosales,  
de jazmines y huertos de frutales,  
toda la tierra, en torno, florecía.

Por aquellos caminos yo soñaba  
huir de mi niñez, y me buscaba  
a mí mismo, ya hombre, en el futuro.

Ahora por ellos vuelve el pensamiento,  
en busca de aquel niño, que dió al viento  
su corazón ilusionado y puro.

7

Otra vez, mar en mi vida.  
¡Otra vez, mar!  
Viejo amigo de mis sueños  
que retoñando ahora están;  
a tiempo vuelvo a encontrarte,  
a tiempo de navegar.  
¡Oh, qué triste hubiera sido  
no volverte a encontrar más!  
Tus olas son como brazos

innumerables, que están,  
para llevarme sobre ellos,  
llamándome sin cesar.  
No creas que me he olvidado  
de nuestra vieja amistad.  
¡Otra vez, mar, en mi vida;  
otra vez, mar!

Frente a ti le nacen alas  
al corazón, por demás;  
y a su contacto se eleva,  
sediento de inmensidad,  
hacia el misterioso cielo,  
en busca de un más allá.  
Dijérase que tu cósmica  
energía virginal  
en mis venas se infiltrase  
contagiándome tu afán;  
por eso creo sentirte  
en mi pecho al respirar,  
y dentro de mis pupilas  
tu azul infinito está.  
¡Otra vez, mar en mi vida;  
otra vez, mar!

Viejo amigo, siempre joven,  
—eterna es tu mocedad—  
tu inquietud atormentada,  
¿cuándo, dí, se calmará?  
Corrientes que entre sí chocan,  
olas que vienen y van...  
La fuerza que las empuja  
nadie sabe dónde está;  
pero cumplen su destino,  
en perpetuo batallar.  
¡Ay, del espíritu, cuando  
al mar no semeja ya!  
¡Otra vez, mar, en mi vida;  
otra vez, mar!

En lucha contigo mismo  
siempre venciéndote estás.  
Hasta lo más hondo agita  
tus aguas el huracán;  
los abismos del naufragio  
en ti abre la tempestad;  
tragedias como las tuyas  
nadie puede imaginar;  
pero sobre ellas se impone  
siempre tu serenidad  
inmensa: la que quisiera  
al cabo de mi alma encontrar,  
en tu ritmo sosegado  
con gracia de eternidad.  
¡Otra vez, mar, en mi vida;  
otra vez, mar!

8

Sale de su laberinto,  
igual que un pájaro ciego,  
mi corazón, para ir  
hacia su nido primero.

Lo guía un punzante aroma  
de azahares en su vuelo.  
Retorna a un ayer lejano  
y bello, anulando el tiempo;

desanda años en segundos,  
cual si el tiempo fuese un sueño,  
y con su niñez dichosa

se encuentra bajo tu cielo...  
¡Oh, Tucumán de mi infancia  
Tucumán de mis recuerdos!